

BYUNG-CHUL HAN, LA CAÍDA DE LA DEMOCRACIA EN LA ERA DE LA PERFORMANCE

Sabrina Esposito
Università degli Studi di Salerno

La obra de Byung-Chul Han, *Infocracia* (2023), se configura como un agudo análisis de las transformaciones del poder en la era contemporánea. Han plantea un contraste dialéctico entre *el régimen disciplinario de Foucault* y el que él mismo denomina *el régimen de la información en formación*. Esta propuesta no es una mera descripción de los cambios sociales, sino una profunda relectura de las dinámicas de la subjetivación.

El régimen disciplinario, tal y como lo describe eficazmente Han, evoca los análisis foucaultianos sobre la sociedad disciplinaria. La función de este régimen es moldear al individuo en un cuerpo dócil y productivo, un “engranaje” funcional a la lógica del capitalismo industrial. La sanción, en este contexto, no es solo retributiva, sino eminentemente pedagógica y correctiva, destinada a restablecer el orden mediante el aislamiento y la estigmatización del *desviado*. El objetivo último es maximizar la eficiencia productiva mediante el sometimiento físico, transformando al hombre en una “bestia de trabajo” (Han, 2023, p. 1).

Con la llegada del capitalismo de la información, Han nos proyecta en una dimensión radicalmente cambiada, definida como *infocracia*. En la infocracia, el centro del poder ya no reside en el control de los medios de producción tangibles, sino en el acceso y la manipulación de los datos y la información. Esta transición implica un desplazamiento del foco: ya no es el cuerpo el objeto privilegiado de explotación, sino la psique del individuo.

De modo similar, Donna J. Haraway sugiere que la contemporaneidad ha trascendido la concepción del poder disciplinario, entendido como el control ejercido sobre los cuerpos y las instituciones. La llegada del ciberespacio ha disuelto la materialidad de lo orgánico, reconfigurándolo en una red de flujos electrónicos. Estos flujos ejercen una forma de heterodirección sobre la existencia individual, manifestándose en ámbitos que van desde las transacciones financieras digitales hasta las biotecnologías médicas avanzadas, pasando por las intrincadas dinámicas de la comunicación. En este escenario, la noción tradicional de cuerpo sufre una deconstrucción. Lo que permanece son *momentos de experiencia biotecnológica*, es decir, huellas temporales de la experiencia que adquieren un valor procesual y fluido, en lugar de un valor sustancial y corporal. En este contexto, la identidad y la experiencia ya no se configuran a través de la fisicidad, sino a través de la temporalidad de los datos y del flujo informático (Haraway, 2018, p. 28).

La vigilancia psicopolítica, como la denomina Han, sustituye a la mera vigilancia física y penetra en los pliegues más íntimos de la interioridad. La disciplina externa da paso a una forma de autodisciplina interiorizada, estimulada y alimentada por la búsqueda constante de rendimiento, proactividad y optimismo. Lejos de ser dócil, el individuo está ahora llamado a ser proactivo y a "representar" su propia existencia en un esfuerzo constante de autooptimización.

La metamorfosis de "bestia de carga" a "bestia de datos" y "bestia de consumo" pone de manifiesto una nueva forma de alienación. Si en el régimen disciplinario la alienación estaba ligada a la cosificación del cuerpo en el proceso productivo, en la infocracia se vincula a la cosificación de la psique, transformada en un depósito inagotable de información monetizable. El imperativo de la felicidad y la belleza, como sugiere Han con la expresión "rehén de la industria de lo bello", ya no es un ideal ético, sino un dictado biopolítico destinado a generar datos y estimular el consumo. (Han, 2023, p. 2)

El análisis de Byung-Chul Han (2023), expuesto en *Infocracia*, encuentra un eco significativo y una mayor profundización en el diálogo con el pensamiento de Neil Postman. La distinción perspicaz de Postman entre las distopías de Orwell y Huxley, reelaborada y actualizada por Han, resulta crucial para comprender la naturaleza de la amenaza actual a la libertad y la razón en la sociedad de la información. Postman, al comparar *1984* de Orwell (1949) con *Un mundo feliz* de Huxley (1932), esbozaba dos paradigmas distintos en el ejercicio del poder. El modelo orwelliano se basaba en el control social mediante el castigo y la inducción del miedo. Por el contrario, el paradigma huxleyano establece la subyugación no a través de la coacción directa ni de la aversión, sino mediante la seducción, el placer y la adhesión voluntaria a lo que se ofrece. Esto se

manifiesta en la promoción de conductas deseables y en la oferta de «oportunidades» (Postman, 2021, p. 19).

La visión de Huxley se revela para Han como la prefiguración más inquietante de nuestra contemporaneidad. La clave de este análisis reside en la afirmación de Han de que, en nuestra sociedad, el dolor se ha convertido en un tabú, un elemento esencial para comprender la naturaleza del control actual. (Han, 2023, p. 13)

Han destaca una sociedad en la que la positividad exagerada y la felicidad obligatoria se han convertido en normas implícitas, casi en un imperativo biopolítico categórico. El dolor, en todas sus formas, ya sea físico o psíquico, se percibe no como una experiencia humana intrínseca, sino como una aberración que debe erradicarse. Esta tendencia se ve respaldada por una amplia gama de instrumentos: desde la farmacologización del malestar hasta las terapias destinadas a optimizar el bienestar, pasando por el consumo ininterrumpido de entretenimiento que actúa como un anestésico colectivo. El resultado es una privación de la capacidad de procesar el sufrimiento, de afrontarlo, de comprenderlo y, lo que es más importante, de trascenderlo para convertirlo en una fuente de conocimiento, crecimiento y transformación. El dolor, que durante siglos se ha entendido como un catalizador de significado, un límite existencial que define lo humano y empuja a la reflexión, se reduce ahora a un mero defecto del sistema que hay que eliminar (Han, 2021).

Destaca que el castigo se sustituye por la motivación y la optimización. El sistema no impone órdenes, sino que sugiere sutilmente, actúa a un nivel casi inconsciente, a través de estímulos positivos que orientan la voluntad. Esta dinámica es especialmente insidiosa porque induce una forma de autocontrol. El individuo, al interiorizar el imperativo del rendimiento y la felicidad, se convierte en su propio carcelero, impulsado a conformarse, no por miedo, sino por el deseo de adhesión y éxito (Han, 2023, p. 6).

La consecuencia más grave de esta dinámica es la simulación de la autodeterminación, una libertad engañosa que Han denuncia con fuerza. Se ofrece al individuo un “falso ámbito de acción”, un espacio aparentemente ilimitado de elección, pero que en realidad ya está preestructurado y orientado. Dentro de este simulacro de autonomía, el dominio se mantiene eficaz.

Han esboza un mecanismo perverso mediante el cual el individuo es empujado incesantemente al consumo, no para satisfacer necesidades primarias, sino para calmar un sentimiento de insuficiencia intrínseco al propio sistema. La aparición de figuras mediáticas como los influencers es paradigmática de esta lógica. No representan simplemente modelos de éxito o bienestar, sino arquetipos de una existencia que se presenta como intrínsecamente deseable y, al mismo tiempo, inalcanzable. Estos simulacros de

realización personal transmiten un mensaje implícito: la autorrealización, la felicidad e incluso la propia validez existencial están indisolublemente ligadas a la adquisición y exhibición de bienes de consumo. La mercantilización, lejos de limitarse a los objetos, afecta a la esfera de la identidad misma. Esta dinámica, observa Han, compromete al individuo en un ciclo incesante de consumo que, paradójicamente, lo “consume” hasta la muerte (Han, 2023, p. 6).

La dinámica del deseo mimético, un concepto que tiene sus raíces en pensadores como René Girard y que también es actualizado por Scarane, nos obliga a un cuestionamiento incesante y casi obsesivo: “¿Qué quieren los demás de nosotros? ¿Qué ven en nosotros? Y, en última instancia, ¿qué somos para los demás?”. Esta búsqueda constante de validación externa, esta interiorización de la mirada ajena, transforman al individuo en un actor perpetuo, comprometido a interpretar un papel en función de un público invisible, pero omnipresente (Scarane, 2015, p. 34).

Han ha identificado una autoexposición voluntaria de la existencia individual. No se trata de una coacción externa a la visibilidad, sino de una necesidad intrínseca de autorrevelación que impregna el consorcio social contemporáneo. Este imperativo de visibilidad no es heterodirigido en el sentido tradicional del término, sino que surge de una presión interna: de un deseo incondicional de ser visto y reconocido. El individuo se compromete activamente con la autoproducción del yo, una actividad incesante destinada a generar una forma de visibilidad que se convierte en objeto de deseo. Las proféticas palabras de Andy Warhol, “En el futuro, todo el mundo será famoso durante quince minutos” (Warhol, 1968), resuenan con fuerza en este contexto, anticipando la fama instantánea y la visibilidad efímera que caracterizan nuestros días. La libertad de expresión, que en otro tiempo fue un baluarte contra la opresión, se transforma aquí en una obligación performativa: una compulsión a revelar la propia vida, los propios pensamientos, las propias emociones y a alimentar un sistema de vigilancia que no es impuesto, sino aceptado y deseado.

Otro factor clave que nos convierte en “*bestias de datos*” es la comodidad y la inmediatez que ofrece lo digital. La integración omnipresente de la tecnología en la vida cotidiana ha hecho que cada acción resulte más fácil y, sobre todo, más rápida.

En una sociedad que exige un rendimiento constante y “inteligencia”, la lentitud se erradica y se convierte en un lujo inaccesible o incluso en un signo de incompetencia.

La palabra clave de nuestra sociedad, “rendimiento”, no es una simple exigencia de eficiencia, sino un profundo mecanismo de control y autoexplotación que redefine las categorías de responsabilidad, culpa y libertad.

Han argumenta que la retórica del “si quieres, puedes” se ha inculcado profundamente en nuestras mentes. Esta mentalidad, aparentemente liberadora y motivadora,

esconde, en realidad, una sutil trampa: transfiere toda la responsabilidad del éxito y del fracaso al individuo. Cuando no se alcanza un objetivo, la culpa recae íntegramente sobre nosotros mismos. Las barreras estructurales, las desigualdades sistémicas y las contingencias externas ya no existen o son sistemáticamente ignoradas. El fracaso se convierte en un defecto personal, una falta de voluntad o de compromiso.

Este mecanismo de internalización del fracaso es, según Han, eminentemente funcional para el sistema de poder contemporáneo. Es preferible, sostiene el autor, tener una población deprimida que se autoflagela que una población enfadada que podría rebelarse. La depresión, en este contexto, no es solo una patología individual, sino un síntoma social; es el resultado de un imperativo de autooptimización que, cuando se frustra, se vuelve contra el propio sujeto. La energía revolucionaria y el deseo de cambio se desvían hacia la autoacusación, transformando la ira social en cansancio y en auto-agresión (Han, 2021, p. 16).

El análisis de la transición de la democracia a la infocracia, mediada por la mediocracia y precedida por la cultura librai, ofrece una taxonomía esclarecedora de las diferentes configuraciones del poder y el conocimiento a lo largo de la historia. Lo digital, en esta progresión, representa el catalizador de una profunda transformación de la soberanía y la libertad política.

La lectura, por su propia naturaleza, requiere lentitud, concentración y una elaboración autónoma del contenido. El texto escrito permitía la relectura, la contextualización y la sedimentación del pensamiento, lo que favorecía una forma de autonomía crítica.

La mediocracia, que se valía de los medios de comunicación (radio y televisión), introdujo una importante centralización de la información. El conocimiento y la información fluían principalmente desde un centro hacia una periferia pasiva. El potencial de manipulación, aunque menos directo que las formas de control que Han identifica en la infocracia, era, sin embargo, omnipresente y actuaba a través de la selección de noticias, la construcción de la agenda pública y la creación de narrativas dominantes.

La democracia, en esta fase, comenzaba a enfrentarse al poder de los medios de comunicación de masas para moldear la opinión pública, aunque manteniendo espacios para el debate y la crítica.

La llegada de la infocracia, habilitada por lo digital, representa la culminación de este proceso. Aquí, el poder ya no reside solo en la posesión de la información, sino también en la capacidad de gestionarla, filtrarla y orientarla. El verdadero recurso ya no es la posesión de datos, sino su procesamiento algorítmico, su capacidad de perfilado y de predicción del comportamiento. La "verdad", en este entorno, no es un dato objetivo ni el resultado de un debate racional, sino una construcción dinámica y fácilmente influenciada por el flujo

incesante de datos, las burbujas de filtro y las cámaras de eco. La democracia, entendida como el ejercicio autónomo de la voluntad popular y la formación de un juicio político informado, se desnaturaliza en un sistema en el que las decisiones y las percepciones se moldean de forma sutil y casi invisible por el flujo incesante de datos, la amplificación de algunas narrativas y la marginación de otras. El consenso ya no es el resultado de un debate racional, sino de una manipulación algorítmica de las percepciones (Han, 2023, p. 13).

Es de vital importancia comprender la transformación de la democracia digital en una democracia de la presencia, en la que el smartphone se erige en “parlamento móvil” (Han, 2023, p. 19). Nos ofrece un diagnóstico penetrante del deterioro de las condiciones para una auténtica deliberación democrática, identificando en los teléfonos inteligentes y en los enjambres digitales los vectores de una despolitización que socava los cimientos mismos de la polis. Las personas están despolitizadas porque la comunicación digital, por su propia naturaleza, no es ni libre ni democrática en el sentido profundo de la palabra.

La crítica fundamental radica en que la información ya no proviene del espacio público, lugar de encuentro y de confrontación con la alteridad, sino que llega directamente a nuestros espacios privados. Este estudio sobre el espacio público es un golpe mortal para la democracia deliberativa. Elimina la presencia del otro, ese elemento crucial para la formación de una opinión genuinamente discursiva, capaz de cuestionar las propias certezas y no meramente autorreferencial, dogmática o dominante. Si el otro desaparece del horizonte de nuestra interacción informativa, la opinión se cierra sobre sí misma, se radicaliza y pierde su capacidad de confrontación crítica.

Lo digital, continúa Han, ha generado las cámaras de eco. Los algoritmos, basándose en nuestros datos y preferencias previas, solo nos muestran lo que refuerza nuestra opinión y excluyen sistemáticamente las visiones discordantes. Estos filtros de nueva generación no se limitan a seleccionar, sino que determinan activamente lo que nos gusta: cuanto más interactuamos con ciertos contenidos, más se llena nuestra “burbuja de filtros” con información de nuestro agrado, lo que consolida nuestras convicciones y aleja perspectivas diferentes. Han define este fenómeno como la constitución de aislamientos tribales, en los que los individuos, a pesar de estar hiperconectados, viven, en realidad, en burbujas cognitivas separadas, incapaces de un verdadero diálogo. (Han, 2023, pp. 20-26).

El exceso de información actual nos impide actuar de forma racional, ya que el tiempo para reflexionar es prácticamente inexistente. La información actual tiene una validez temporal extremadamente limitada y se alimenta del puro encanto de la novedad. Esta inestabilidad temporal intrínseca genera un torbellino incesante de “actualidad” que

sobrecarga el sistema cognitivo humano. El resultado es la imposibilidad de detenerse a reflexionar sobre los contenidos, una condición en la que la mente está en constante movimiento, pero sin la capacidad de procesar en profundidad lo que absorbe.

Este fenómeno, que Han denomina infodemia, representa una difusión viral de información que compromete gravemente el proceso democrático. La experiencia y el conocimiento, tradicionalmente pilares de la sabiduría y la capacidad de juicio, se ven sometidos al imperativo de la aceleración: a una sucesión infinita de "presentes puntuales". Esta rapidez es perjudicial para la democracia, ya que la presión constante de procesar nueva información y reaccionar con rapidez nos priva de nuestra racionalidad, entendida como la capacidad de pensar de forma crítica, reflexiva y orientada al largo plazo (p. 14).

La capacidad de pensar profundamente es un salvavidas en un mar de estímulos. Pero este pensamiento, nos advierte Rolf Dobelli (2020), no puede florecer sin concentración, y la concentración, a su vez, es una flor delicada que se marchita bajo el torrente de noticias. La exposición constante a este diluvio informativo no solo fragmenta nuestra atención, convirtiéndonos en pensadores superficiales, sino que también socava nuestra memoria.

Dobelli nos invita a reflexionar sobre la dualidad de la memoria: una memoria a largo plazo, vasta y capaz como un antiguo archivo, y otra de trabajo, efímera como un cuaderno provisional. Entre estas dos moradas del conocimiento se encuentra un "ojo de aguja" neuronal, un paso estrecho y crucial. Cada destello de comprensión auténtica debe atravesar este punto, consolidándose de lo provisional a lo eterno. Sin embargo, las noticias, con su incesante y fragmentada carrera por el "aquí y ahora", debilitan activamente esta vía maestra de la comprensión, dejándonos con una mente llena de ecos efímeros, pero desprovista de verdadera sabiduría. En una era de sobrecarga sensorial, la contemplación se convierte en un acto de resistencia (Dobelli, 2020, p. 68).

Este paso es fundamental: recurrimos a la inteligencia, pero en un sentido restringido y puramente funcional. Como sugiere Han, la inteligencia se traduce en la capacidad de orientarse rápidamente hacia soluciones y resultados concretos. Ya no hablamos de comportamientos racionales, que requieren una evaluación global y la consideración de las implicaciones éticas y sociales. Se trata más bien de *acciones inteligentes* en el sentido de *reactivas* y orientadas a la eficiencia inmediata. La "inteligencia" se ha convertido en la virtud suprema, sustituyendo a la sabiduría y a la profundidad de juicio (Han, 2023, p. 15).

La pretensión del *dataísmo* es alcanzar una visión global de la sociedad mediante el análisis de datos, con el objetivo de optimizar todos los procesos sociales. Esta perspectiva, asimilable a una "visión de 360 grados", no es solo una ambición tecnológica, sino

una auténtica visión del mundo que relega el intelecto humano a una posición secundaria con respecto a la supuesta sabiduría “divina” del Big Data.

Desde esta perspectiva, la política, entendida en su sentido más crítico y conflictivo, parecería innecesaria. Se argumenta que el Big Data podría ofrecer una estabilidad suficiente para reducir los conflictos de intereses y el antagonismo entre clases, relegando la acción partidista a un segundo plano. Las decisiones importantes para la sociedad serían tomadas por algoritmos y sistemas de inteligencia artificial, dejando el debate político en la irrelevancia. Los políticos serían reemplazados por expertos en informática, quienes gestionarían la sociedad basándose en la aparente neutralidad y objetividad de los datos, más allá de las ideas ideológicas.

Sorprendentemente, Han encuentra un presagio de estas ideas en el pensamiento de Jean-Jacques Rousseau. Aunque lejano en el tiempo y en el contexto, su entusiasmo por el método sistemático del siglo XVIII le llevó a desarrollar una racionalidad aritmética, antitética a la racionalidad comunicativa. Rousseau concebía la voluntad general como una magnitud puramente numérico-matemática, casi un algoritmo. En *El Contrato Social*, Rousseau distingue la voluntad de todos (una suma de intereses particulares) de la voluntad general (centrada en los intereses comunes), que surge de la sustracción de las diferencias individuales que se anulan mutuamente, revelando una síntesis numérica de la voluntad auténticamente colectiva. Esta lectura de Rousseau por parte de Han es provocadora: sugiere que la idea de una voluntad colectiva extrapolable matemáticamente no es una novedad absoluta, sino que tiene sus raíces en un pensamiento que se remonta incluso al siglo XVIII (Han, 2023, pp. 30-31).

Han (2023) destaca que el régimen de la información presenta rasgos totalitarios. Su aspiración a un conocimiento total, basado exclusivamente en datos y alcanzado mediante operaciones algorítmicas en lugar de narrativas ideológicas, pretende calcular todos los aspectos de lo existente y de lo que está por venir. La razón cede el paso a los cálculos y el elemento narrativo es sustituido por los datos numéricos. Ya no es la persuasión ni el compartir un ideal lo que guía, sino la cuantificación y la previsibilidad.

A pesar de la sofisticación de los algoritmos y su pretensión de exhaustividad, Han subraya un límite crucial: se revelan incapaces de eliminar las experiencias de contingencia con la misma eficacia que las narrativas ideológicas en el totalitarismo. Mientras que las ideologías totalitarias se presentaban como sistemas de pensamiento coherentes y totalizadores, capaces de dar sentido e incluso justificar el sufrimiento y el sacrificio —a veces entendidos como la realización de un designio divino o como la máxima expresión del amor a la patria—, la cuantificación numérica, en su intento de depurar la

realidad de toda interpretación ideológica, por su propia naturaleza, no puede ofrecer tal profundidad de sentido.

La contingencia, la imprevisibilidad, lo incontable persisten. La vida humana, con sus matices, sus contradicciones y su complejidad irreductible, no se deja encerrar por completo en la lógica algorítmica (Han, 2023, p. 7).

La obra de Byung-Chul Han, desglosada en sus múltiples capas, se configura, para los filósofos del derecho, como un diagnóstico clínico de las patologías más insidiosas de nuestra época. Más allá de una mera descripción sociológica, Han nos obliga a enfrentarnos a una mutación radical de las categorías del poder y de la subjetividad, que obliga al derecho a replantearse sus propios fundamentos. Han nos presenta una sociedad en la que la libertad, lejos de ser una condición de emancipación, se ha convertido en el más sutil de los instrumentos de control: una libertad de autoexplotación y autoesclavitud, vehiculada por lo digital. La alegría y la positividad, como máscaras de un nuevo totalitarismo, niegan el espacio al dolor, a la tristeza, al fracaso, privándonos de aquellas experiencias que siempre han dado profundidad y sentido a la existencia humana y a la lucha por la justicia.

¿Cómo puede el derecho redefinir y proteger a los individuos frente a un poder que no se manifiesta como coacción explícita, sino como seducción, motivación y autooptimización inducida? ¿Qué nuevas categorías de "daño" y "abuso" surgen cuando el objeto del ataque no es el cuerpo o la propiedad, sino la psique y la capacidad de pensar de forma autónoma?

Resulta esencial explorar la posibilidad de codificar principios que trasciendan la mera protección de la privacidad. Pensemos en un derecho a la desconexión, un derecho a la lentitud o un derecho a la invisibilidad: estos principios pueden afirmar una resistencia al imperativo de la visibilidad total y de la aceleración incesante.

Paralelamente, el derecho debe encontrar los medios para preservar y refundar el *espacio público* democrático. Esto significa actuar en la era de las cámaras de eco y las burbujas de filtro, promoviendo un entorno en el que puedan prosperar el debate genuino y la pluralidad de ideas.

La lección de Han es clara: la libertad formal puede ocultar las formas más sofisticadas de dominación. La tarea principal del derecho, hoy en día, es investigar las raíces invisibles de este nuevo poder y forjar los instrumentos conceptuales y normativos para defender la soberanía inalienable del alma humana en una era de transparencia forzada y eficiencia coercitiva.

Referencias

- Dobelli, R. (2020). Deja de leer noticias. Cómo escapar del exceso de información y liberar la mente. Milán: Il Saggiatore.
- Han, B.-C. (2021). La sociedad sin dolor. Trad. de S. Aglan-Buttazzi. Turín: Giulio Einaudi.
- Han, B.-C. (2023). Infocracia. Trad. di F. Buongiorno. Turín: Giulio Einaudi.
- Haraway, D. J. (2018). Manifiesto cyborg. Mujeres, tecnologías y biopolíticas del cuerpo. Ed. Por L. Borghi. Milán: Feltrinelli.
- Postman, N. (2021). Divertirse hasta morir. Trad. de L. Diena. Roma: Luiss University Press.
- Scarane, E. (2015). Eterno como el amor. Nápoles: Edizioni Neomediaitalia.
- Warhol, A. (1968). Moderna Moderna Museet. Stockholm Swedwn.